

La primera bienaventuranza



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

La primera bienaventuranza

Nº 3156

Un sermón predicado por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano en el año de 1873, (y publicado el Jueves 5 de Agosto de 1909).

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. — Mateo 5:3.

Teniendo en mente el propósito del discurso de nuestro Salvador, que era describir a los que son salvos, y no era declarar el plan de salvación, vamos a considerar ahora la primera de las Bienaventuranzas:

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Para que una escalera pueda ser útil, debe tener su primer escalón cerca del suelo, pues de lo contrario los escaladores débiles no serían capaces de subir nunca por ella. Habría constituido un gravoso desaliento para los de fe tambaleante que la primera bienaventuranza hubiera sido dada a los de limpio corazón; el joven principiante no tiene ninguna aspiración a esa excelencia; en cambio, puede alcanzar la pobreza de espíritu sin traspasar su línea. Si el Salvador hubiese dicho: “Bienaventurados los ricos en gracia”, habría expresado una gran verdad, pero muy pocas personas habrían podido extraer algún consuelo de ello.

Nuestro Instructor Divino comienza por el principio, con el propio ABC de la experiencia, y de esta forma permite que los bebés en la gracia aprendan de Él; si hubiese comenzado con logros más elevados, los más pequeñitos se habrían quedado rezagados. Un paso gigantesco al pie de estas sagradas escaleras habría impedido rotundamente que muchos intentaran ascender; pero, estimulados por un escalón a su alcance, que

muestra la inscripción: “Bienaventurados los pobres en espíritu”, miles son inducidos a seguir el camino celestial.

Es digno de una nota de agradecimiento que esta bienaventuranza evangélica descienda al nivel exacto donde nos deposita la ley después que ha hecho por nosotros lo mejor que ha podido dentro de su poder y designio. Lo máximo que la ley puede hacer por nuestra humanidad caída es mostrarnos nuestra pobreza espiritual, y convencernos de ella. No puede enriquecer al hombre bajo ningún punto de vista; su mayor servicio es arrancarle su imaginaria riqueza de justicia propia, mostrarle su abrumador adeudo con Dios, y postrarlo rostro en tierra lleno de desconfianza en sí mismo.

Como Moisés, la ley enseña el camino que parte de Gosén, que conduce al desierto, y que lleva a las márgenes de río un infranqueable, pero no puede hacer nada más; necesitamos a Josué Jesús para que divida al Jordán y nos conduzca a la tierra prometida. La ley rasga el codiciable manto babilónico de nuestros méritos imaginarios en diez pedazos, y demuestra que nuestra cuña de oro es simple escoria, y así nos deja, “desnudos, y pobres y miserables”. Hasta este punto desciende Jesús; su nivel preciso de bendición llega hasta el borde de la destrucción, rescata al perdido y enriquece al pobre. El Evangelio es a la vez pleno y libre.

La primera Bienaventuranza, aunque esté colocada en un punto bajo y conveniente, donde pueda ser alcanzada por quienes están en las más tempranas etapas de la gracia, no por ello es menos rica en bendición. La misma palabra es usada en el mismo sentido tanto al principio como al final de la cadena de las Bienaventuranzas; los pobres en espíritu son bendecidos tan cierta y enfáticamente, como los mansos y los pacificadores. No se hace ninguna sugerencia a un grado menor, o a una medida inferior; sino que, por el contrario, la más alta bendición que es usada en el versículo décimo como compilación de todas las siete Bienaventuranzas, es atribuida a la primera Bienaventuranza en su nivel más inferior: “porque de ellos es el reino de los cielos”.

¿Hay algo adicional que se hubiere dicho incluso de los coherederos de los profetas y de los mártires? ¿Qué más podría decirse que esto? Los

pobres en espíritu son alzados del muladar y colocados, no entre los jornaleros en el campo, sino entre los príncipes del reino.

Bienaventurada es esa pobreza de alma de la que el propio Señor expresa tales cosas buenas. Él le da mucha mayor importancia a lo que el mundo tiene en poca estima, pues Su criterio es lo opuesto al necio veredicto de los altivos.

Como Watson muy bien observa, “¡cuán pobres son aquellos que se consideran ricos! ¡Cuán ricos son aquellos que se ven pobres! Yo la llamo la joya de la pobreza. Hay algunas paradojas en la religión que el mundo no puede entender: que un hombre se vuelva un necio para ser sabio, que salve su vida perdiéndola, y que sea hecho rico siendo pobre. Sin embargo, debe procurarse esta pobreza más que las riquezas; bajo estos harapos está oculto un manto de oro, y de este esqueleto fluye miel”.

El motivo de colocar primero esta Bienaventuranza radica en que es la primera en materia de experiencia; es esencial para los caracteres subsiguientes; está detrás de cada uno de ellos, y es el único terreno en el que pueden ser producidos los otros. Ningún hombre se lamenta delante de Dios a menos que sea pobre en espíritu, ni tampoco se vuelve manso hacia otros, mientras no tenga una opinión humilde de sí mismo; el hambre y la sed de justicia no son posibles para quienes tienen una alta opinión de su propia excelencia, y la misericordia para con quienes ofenden es una gracia demasiado difícil para quienes no son conscientes de su propia necesidad espiritual. La pobreza en espíritu es el atrio del templo de las Bienaventuranzas.

Así como un hombre sabio no planea nunca edificar las paredes de su casa mientras no haya cavado los cimientos, así tampoco nadie que sea diestro en las cosas divinas esperaría ver algunas de las virtudes más elevadas, allí donde la pobreza en espíritu esté ausente. Mientras no seamos vaciados del yo, no podremos ser llenados con Dios; debemos ser desvestidos antes de que podamos ser vestidos con la justicia que es del cielo.

Cristo no será precioso nunca mientras no seamos pobres en espíritu. Debemos ver nuestras propias necesidades antes de que podamos percibir

Su riqueza. El orgullo ciega los ojos, y la humildad sincera debe abrirlos, pues, de otra manera, las bienaventuranzas de Jesús estarían ocultas de nosotros para siempre.

La puerta estrecha no es lo suficientemente ancha para permitir la entrada del hombre que es grande en su propia opinión; es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un hombre engreído por sus propias riquezas espirituales entre en el reino del cielo.

Por esta razón es claro que, el carácter descrito en relación con la primera Bienaventuranza, es esencial para la producción de aquellas que siguen después; y, a menos que un hombre lo posea, busca en vano el favor proveniente de las manos del Señor. Los orgullosos son maldecidos. Su orgullo es suficiente para acarrearles la maldición, y los deja fuera de la mirada divina: “Al altivo mira de lejos”. Los pobres en espíritu son bienaventurados, pues Jehová tiene una tierna mirada para ellos y para sus oraciones.

Es digno de una doble mención que esta primera Bienaventuranza sea dada más bien a la ausencia que a la presencia de cualidades encomiables; es una bienaventuranza que no es para el hombre que es distinguido por esta virtud o notable por aquella excelencia, sino para aquel cuya característica principal sea que confiesa sus propias tristes deficiencias.

Esto es intencional, para que la gracia sea vista más manifiestamente, poniendo su mirada primero, no en la pureza, sino en la pobreza; no sobre los que muestran misericordia, sino sobre los que necesitan misericordia; no en aquellos que son llamados hijos de Dios, sino en aquellos que claman: “no somos dignos de ser llamados Tus hijos”. Dios no necesita nada de nosotros excepto nuestras necesidades, y estas le dan espacio para mostrar Su munificencia al suplirlas libremente. Es por causa del peor lado del hombre caído y no de su mejor lado que el Señor recibe gloria para Sí. El primer punto de contacto entre mi alma y Dios no es lo que tengo, sino lo que no tengo.

Los buenos pueden traer su virtud, pero Él declara que “No hay justo, ni aun uno”; los piadosos pueden ofrecer sus ceremonias, pero Él no se deleita en todas sus oblaciones; los sabios pueden presentar sus invenciones, mas

Él considera que su sabiduría es insensatez. Pero cuando los pobres en espíritu vienen a Él en su completa indigencia y desgracia, los acepta de inmediato; sí, Él inclina los cielos para bendecirles, y abre las bodegas del pacto para satisfacerlos.

Así como el médico anda buscando al enfermo, y el que da limosna cuida del pobre, así el Salvador busca a quienes lo necesiten, y en ellos ejerce Su oficio divino. Que cada pecador necesitado beba el consuelo extraído de este pozo.

Tampoco debemos olvidar que esta baja nota de la octava de las Beatitudes, esta primera nota de la escala musical, produce un cierto sonido en cuanto a la espiritualidad de la dispensación cristiana. Su primera bendición es asignada a una característica que no pertenece al hombre exterior, sino al hombre interior; a un estado del alma, y no a una postura del cuerpo; a los pobres en espíritu y no a los fieles a un ritual.

Esa palabra espíritu es una de las consignas de la dispensación evangélica. Las vestiduras sagradas, las genuflexiones, los rituales, las oblações, y cosas semejantes, son ignorados, y el ojo del favor del Señor descansa únicamente en los corazones quebrantados y en los espíritus que se humillan delante de Él. Incluso las dotes mentales son dejadas en la fría sombra, y el espíritu es llevado a ubicarse en la vanguardia; el alma, —el hombre verdadero— es considerada bienaventurada, y todo el resto es estimado como de muy poco valor comparativo.

Esto nos enseña, sobre todas las cosas, a preocuparnos por esos temas que conciernen a nuestros espíritus. No debemos quedarnos satisfechos con la religión externa. Si, en cualquier ordenanza, nuestro espíritu no entrara en contacto con el grandioso Padre de los espíritus, no debemos quedarnos satisfechos. Todo lo referente a nuestra religión que no sea obra del corazón, debe ser insatisfactorio para nosotros. Así como los hombres no pueden vivir del tamo ni de la cáscara del grano, sino que necesitan la harina del trigo, así nosotros también necesitamos algo más que la forma de la piedad y la letra de la verdad; requerimos del significado secreto, de la inserción de la Palabra en nuestro espíritu, de la entrega de la verdad de Dios a la intimidad de nuestra alma: todo lo que no cumpla con esto está desprovisto de la bendición.

El grado más alto de religiosidad externa no es bendito, pero la más mínima forma de gracia espiritual está enriquecida con el reino del cielo. Es mejor ser espiritual, aunque nuestro mayor logro sea ser pobre en espíritu, que permanecer siendo carnal, aunque en esa carnalidad nos vanagloriemos de perfección en la carne. El menor en la gracia es superior al más grande en la naturaleza. La pobreza en espíritu en el publicano era mejor que la plenitud de la excelencia externa del fariseo.

Así como el hombre más débil y más pobre es más noble que la más poderosa de todas las bestias del campo, así el ínfimo hombre espiritual es más precioso a los ojos de Dios que el más eminente de los hijos de los hombres autosuficientes. Vale más el diamante más pequeño que el guijarro más grande, y el menor grado de gracia sobrepasa el logro más distinguido de la naturaleza.

¿Qué dices a esto, querido amigo? ¿Eres espiritual? Al menos, ¿calificas para ser pobre en espíritu? ¿Existe para ti un dominio espiritual, o estás encerrado en la estrecha región de las cosas que se ven y se oyen? Si el Espíritu Santo ha abierto una puerta para ti a lo espiritual e invisible, entonces eres bienaventurado, aunque tu única percepción sea todavía el doloroso descubrimiento que eres pobre en espíritu. Jesús te bendice desde la cima del monte, y eres bienaventurado.

Acercándonos aún más a nuestro texto, observamos, primero, que LA PERSONA DESCRITA HA DESCUBIERTO UN HECHO, ha confirmado su propia pobreza espiritual; y, en segundo lugar, ES CONSOLADO POR UN HECHO, pues posee “el reino de los cielos”.

I. El hecho que ha descubierto es una antigua verdad, ya que el hombre siempre fue pobre espiritualmente. Desde su nacimiento fue un indigente, y en su mejor estado es solamente un mendigo. “Desnudo, y pobre, y miserable” es un resumen preciso de la condición natural del hombre. Está cubierto de llagas a las puertas de la misericordia, sin tener nada propio excepto pecado, incapaz de cavar y renuente a pedir, y por lo tanto, pereciendo en la penuria más horrenda.

Esta verdad es también universal, pues todos los hombres son así de pobres por naturaleza. En un clan, o en una familia, habrá usualmente al

menos una persona de dinero, y en la nación más pobre habrá unos cuantos poseedores de riqueza; pero, ¡ay de nuestra humanidad! Toda su reserva de excelencia ha sido malgastada, y sus riquezas han desaparecido por completo.

Entre todos nosotros no queda ningún remanente de bien; el aceite de la redoma se ha terminado, el alimento del barril se ha acabado, y el hambre se ha apoderado de nosotros, un hambre más terrible que la que desoló a Samaria en tiempos antiguos. Debemos diez mil talentos, y no tenemos nada con que pagarlos; no podemos encontrar ni siquiera un solo centavo en todas las arcas del tesoro de las naciones.

Este hecho es profundamente humillante. Tal vez un hombre no tenga nada de dinero, pero si no hay ninguna culpa involucrada, no siente vergüenza por ello; pero nuestra condición de pobreza tiene este aguijón: que es moral y espiritual, y nos sumerge en la reprobación y el pecado. A menudo, el pobre esconde su rostro como alguien que está grandemente avergonzado. Pero nosotros tenemos una causa mucho mayor para avergonzarnos, pues hemos vivido disolutamente, hemos gastado la riqueza de nuestro Padre, y nos hemos sumido en la penuria y en la deshonra.

Las descripciones de nuestro estado que nos describen como miserables, no estarían completas, a menos que nos declararan culpables también; es cierto, somos objetos de piedad, pero mucho más de censura. Un hombre pobre puede ser digno de estima a pesar de la insignificancia de su vestimenta y la escasez de su provisión; pero la pobreza espiritual habla de falta, de culpabilidad, de vergüenza y de pecado. El que es pobre en espíritu es por tanto un hombre humillado, y va en camino a ser contado entre aquellos que lloran, de quienes la segunda bienaventuranza dice que “recibirán consolación”.

El hecho descubierto por el bienaventurado del texto, es muy poco conocido; la mayor parte de la humanidad es completamente ignorante del asunto. Aunque la verdad relativa a la condición perdida del hombre es enseñada diariamente en nuestras calles, pocos la entienden; no están ansiosos de conocer el significado de un enunciado tan incómodo y tan alarmante; y la mayor parte de quienes están conscientes de la doctrina, y

reconocen que es Escritural, no la creen, y la expulsan de sus pensamientos, y prácticamente la ignoran.

“Nosotros vemos”, es la jactancia universal de los ciegos del mundo. Lejos de darse cuenta de que son menesterosos, los hijos de los hombres están tan ricamente dotados en su propia opinión, que dan gracias a Dios porque no son como los otros hombres. Ninguna esclavitud es tan degradante como la que induce a un hombre a estar contento con su servidumbre; la pobreza que no tiene aspiraciones, sino que se contenta con permanecer en sus harapos e inmundicia, es una pobreza del tinte más negro, y esa es la condición de la humanidad.

Doquiera que la verdad relativa a nuestra condición sea verdaderamente conocida, es porque ha sido revelada espiritualmente. Podemos afirmar de cada uno que conozca la pobreza de su alma, “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre”. La condición de todos los hombres es ser pobres espiritualmente; ser pobres en espíritu, o conocer nuestra pobreza espiritual, es un beneficio concedido especialmente a los llamados y escogidos.

Una mano omnipotente nos creó de la nada, y se necesita de una omnipotencia semejante para conducirnos a sentir que no somos nada. No podemos ser salvos nunca a menos que seamos revividos por un poder infinito, y no podemos ser revividos del todo a menos que ese mismo poder nos mate. Es asombroso cuánto se necesita para desnudar a un hombre y ponerlo en su verdadero lugar.

Uno creería que un mendigo indigente debería estar consciente de su penuria; pero no lo está, y no lo estará nunca, a menos que el Dios eterno lo convenza de ello. Nuestra bondad imaginaria es más dura de vencer que nuestro pecado real. El hombre puede ser curado más pronto de su enfermedad que ser convencido de que renuncie a sus alardes de salud. La debilidad humana es un pequeño obstáculo para la salvación comparada con la fortaleza humana; allí radican el trabajo y la dificultad.

De aquí que sea una señal de gracia que conozcamos nuestras necesidades de gracia. El que sabe y siente que se encuentra en tinieblas, posee alguna luz. El propio Señor ha hecho una obra de gracia en el espíritu

que es pobre y necesitado, y que tiembla ante Su Palabra; y es esa obra la que contiene la promesa, sí, la seguridad de salvación; pues el pobre en espíritu posee ya el reino del cielo, y nadie lo posee excepto los que tienen vida eterna.

Una cosa es verdaderamente cierta del hombre cuyo espíritu reconoce su propia pobreza: al menos está en posesión de la verdad; en cambio, antes, respiraba la atmósfera de falsedad, y no sabía nada de lo debía saber. Independientemente de cuán dolorosa sea la pobreza en espíritu, es el resultado de la verdad; y habiéndose puesto un cimiento para la verdad, se agregará luego otra verdad, y el hombre permanecerá en la verdad.

Todo lo que otros creen saber en lo concerniente a su propia excelencia espiritual, no es sino una mentira, y ser rico en mentiras es ser horrorosamente pobre. La seguridad carnal, el mérito natural, y la confianza en sí mismo, independientemente de cuánta paz falsa produzcan, son sólo formas de la falsedad que engaña al alma; pero cuando un hombre descubre que está “perdido” por naturaleza y por práctica, ya no es más un completo indigente en relación a la verdad, pues al menos posee algo precioso, ya que una moneda acuñada por la verdad ha sido puesta en su mano.

En lo que a mí respecta, mi oración constante es que pueda conocer lo peor de mi caso, sin importar lo que me cueste ese conocimiento. Yo sé que una evaluación precisa de mi propio corazón no puede resultar en otra cosa que en el abatimiento de mi propia estima; pero, ¡Dios no quiera que se me ahorre la humillación que brota de la verdad! Las dulces manzanas de la propia estima son un veneno mortal; ¿quién desearía ser destruido por ese veneno? Las frutas amargas del conocimiento propio son siempre saludables, especialmente cuando se tragan con las aguas del arrepentimiento, y son endulzadas con un trago proveniente de los pozos de la salvación; el que ama a su propia alma no las despreciaría.

Bienaventurado, de conformidad a nuestro texto, es el pobre abatido que reconoce su condición perdida, y queda convenientemente impresionado por eso; aunque no sea sino un principiante en la escuela de la Sabiduría, es un discípulo, y su Señor lo anima con una bienaventuranza; sí, pues lo declara como uno de aquellos a quienes es dado el reino del cielo.

La posición a la que ha sido llevada el alma por un claro conocimiento de esta verdad, es peculiarmente ventajosa para la obtención de toda bendición evangélica. La pobreza de espíritu vacía a un hombre, y así lo prepara para ser llenado; expone sus heridas al aceite y al vino del buen Médico; pone al pecador culpable a la puerta de la misericordia, o entre los moribundos alrededor del estanque de Betesda a los que Jesús tiene por costumbre visitar. Un hombre así abre su boca, y el Señor la llena; tiene hambre, y el Señor lo satisface con buenos alimentos. Sobre todos los males, tenemos mayor motivo para temer a nuestra propia hartura; nuestra mayor falta de preparación para Cristo es nuestra imaginaria preparación propia.

Cuando estamos completamente arruinados, estamos próximos a ser enriquecidos con las riquezas de la gracia. Fuera de nosotros mismos estamos a un paso de estar en Cristo. Donde nosotros llegamos, comienza la misericordia; o más bien, la misericordia ha comenzado, y la misericordia ya ha hecho mucho por nosotros cuando estamos al final de nuestro mérito, de nuestro poder, de nuestra sabiduría, y de nuestra esperanza. Entre más profunda sea la indigencia, mejor:

Es únicamente la perfecta pobreza
La que pone al alma en libertad;
Mientras guardemos una porción propia
No recibiremos un finiquito pleno.

Si el corazón estuviese angustiado porque no puede sentir suficientemente su propia necesidad, sería mucho mejor; la pobreza de espíritu sería precisamente mucho mayor, y la súplica por la gracia inmerecida se volvería mucho más poderosa. Si llegáramos a sentir la necesidad de un corazón quebrantado, podemos venir a Cristo por un corazón quebrantado, aunque no podamos venir con un corazón quebrantado.

Si no es perceptible ningún tipo o grado de bien, esto sería también una clara prueba de pobreza total, y en esa condición podemos atrevernos a creer en el Señor Jesús. Aunque no seamos nada, Cristo es todo. Todo lo que necesitamos para comenzar, lo encontramos en Él, de la misma cierta

manera que tenemos que buscar nuestro último perfeccionamiento en la misma fuente.

Un hombre podría ser tan iluso como para convertir en mérito su sentido de pecado, y podría soñar con venir a Cristo vestido con el atuendo de la desesperación y de la incredulidad; esto es, sin embargo, exactamente lo opuesto de la conducta de uno que es pobre en espíritu, pues es pobre en sentimientos tanto como en todo lo demás, y no se atreve más a encomiarse a sí mismo debido a sus abatimientos y desesperaciones como tampoco se alabaría por sus propios pecados.

Se considera un pecador de corazón empedernido al tiempo que reconoce el profundo arrepentimiento que es exigido por sus ofensas; siente que no ha experimentado ese sagrado renacer que vuelve tierna a la conciencia, y tiene miedo de ser en alguna medida un hipócrita en los deseos que percibe que existen en su alma; de hecho, no se atreve a considerarse otra cosa que un pobre, lastimosamente pobre, bajo cualquier luz que se le vea en su relación con Dios y con su recta ley. Escucha sobre las humillaciones de los verdaderos penitentes, y desearía tenerlas; lee acerca de las descripciones del arrepentimiento presentadas en la Palabra de Dios, y ora para poder experimentarlas, pero no descubre nada en él sobre lo que pueda poner su dedo, y decir: “esto al menos es bueno. En mí habita al menos una cosa buena”. Él es pobre en espíritu, y toda jactancia ha sido eliminada, de una vez por todas.

Es mejor encontrarse en esta condición que contarse falsamente como un santo, y sentarse en los primeros lugares en la sinagoga; sí, es una posición tan dulcemente segura de ocupar, que aquel que está más lleno de fe en Dios, y gozo en el Espíritu Santo, encuentra que su paz es incrementada, si retiene una plena conciencia de la pobreza de su estado natural, y deja que corra en paralelo con su persuasión de seguridad y bienaventuranza en Cristo Jesús.

Señor, mantenme abajo; vacíame más y más; ponme en el polvo, déjame que muera y sea enterrado a todo lo que provenga del yo; ¡entonces Jesús vivirá en mí, y reinará en mí, y será en verdad mi Todo en todo!

A algunos les parecerá que es poca cosa ser pobre en espíritu; que tales personas recuerden que nuestro Señor ubica de tal manera esta condición graciosa de corazón, que es la primera piedra del ascenso celestial de las Bienaventuranzas; y, ¿quién podría negar que los escalones que siguen de ella sean sublimes más allá de toda medida? Es algo inexpresablemente deseable ser pobre en espíritu si es este el camino a la pureza de corazón, y al carácter de los pacificadores que es semejante al de Dios.

¿Quién no pondría su cabeza sobre la piedra de Jacob para gozar del sueño de Jacob? ¿Quién desdeñaría el cayado con el que en pobreza atravesó el Jordán, si tan sólo pudiese ver el reino del cielo abierto como lo hizo el patriarca? Demos la bienvenida a la pobreza de Israel si es una parte de las condiciones para que recibamos la bendición del Dios de Israel. En lugar de despreciar a los pobres en espíritu, haríamos bien en considerarlos como en posesión de la aurora de la vida espiritual, el germen de todas las gracias, la iniciativa de la perfección, la evidencia de la bendición.

II. Habiendo comentado todo esto acerca del carácter de quienes son pobres en espíritu, que son formados por el conocimiento de un hecho, tenemos que notar ahora que SON ALENTADOS Y VUELTOS BIENAVENTURADOS POR UN HECHO: “Porque de ellos es el reino de los cielos”.

No es una promesa en cuanto al futuro, sino una declaración en cuanto al presente; no dice: de ellos será, sino “de ellos es el reino de los cielos”. Esta verdad es claramente revelada en muchas Escrituras por inferencia necesaria; pues, primero, el Rey del reino celestial es representado constantemente como reinando sobre los pobres.

David dice en el Salmo setenta y dos, “Juzgará a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos del menesteroso. . . .Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso, y salvará la vida de los pobres”. Como Su virgen madre cantó, “Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos”. Todos los que se alistan bajo el estandarte del Hijo de David son como aquellos que antaño vinieron al hijo de Isaí en la cueva de Adulam, “Todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos”. “Este a los pecadores recibe, y con ellos

come”. Su título era, “un Amigo de publicanos y de pecadores”. “Por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico”, y es por tanto conveniente que los pobres sean reunidos con Él. Como Jesús ha elegido a los pobres en espíritu para que sean Sus súbditos, y ha dicho: “No temáis manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino”, vemos cuán cierto es que ellos son bienaventurados.

La regla del reino es tal que sólo los pobres en espíritu perseverarán. Para ellos es un fácil yugo del cual no sienten ningún deseo de ser liberados; dar a Dios toda la gloria no es una carga para ellos, olvidarse del yo no es un mandamiento difícil. El lugar de la humildad les viene bien, cuentan como un honor el servicio de la humillación; pueden decir con el Salmista (Salmo 131: 2), “En verdad que me he comportado y he acallado mi alma como un niño destetado de su madre; como un niño destetado está mi alma”.

La abnegación y la humildad, que son deberes primordiales del reino de Cristo, resultan fáciles únicamente para aquellos que son pobres en espíritu. Una mente humilde ama los deberes humildes, y está deseosa de besar a la flor más insignificante que crece en el Valle de la Humillación; pero para otros, un hermoso espectáculo en la carne es una gran atracción, y la exaltación del yo es el principal objetivo de la vida.

La declaración de nuestro Señor, “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”, es una regla de hierro que excluye a todos, excepto a los pobres en espíritu; pero, al mismo tiempo, es una puerta de perla que admite a todos los que son de ese carácter.

Los privilegios del reino son de tal naturaleza que únicamente los espiritualmente pobres valoran; para otros, son como perlas echadas delante de los cerdos. El que tiene justicia propia no valora el perdón, aunque le haya costado al Redentor la sangre de Su vida; no le importa la regeneración, aunque sea la mayor obra del Espíritu Santo; y no da gran importancia a la santificación, aunque sea el Padre mismo el que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz.

Evidentemente las bendiciones del pacto estaban dirigidas a los pobres en espíritu; no hay ni una sola de ellas que sea valiosa para el fariseo. Un manto de justicia implica nuestra desnudez; el maná del cielo implica la falta de pan terrenal. La salvación es vanidad si los hombres no estuviesen en ningún peligro, y la misericordia es una irrisión si no estuviesen llenos de pecado. La carta constitucional de la Iglesia está escrita sobre la suposición que está formada por los pobres y los necesitados, y no tendría sentido si no fuera así. La pobreza de espíritu abre los ojos para ver la preciosidad de las bendiciones del pacto.

Como afirma un viejo puritano, “el que es pobre en espíritu es un admirador de Cristo; tiene elevados conceptos de Cristo, y da un gran valor y aprecio a Cristo; se oculta en las heridas de Cristo; se baña en Su sangre; se envuelve en su manto; ve una carestía espiritual y una hambruna en casa, pero busca a Cristo y clama: ‘Señor, muéstrate a mí, y eso me basta’”.

Ahora, como el Señor no ha hecho nada en vano, puesto que descubrimos que los privilegios del reino del Evangelio son únicamente adecuados para los pobres en espíritu, podemos estar seguros que fueron preparados para ellos, y les pertenecen a ellos.

Además, es claro que únicamente aquellos que son pobres en espíritu reinan realmente como reyes para Dios. La corona de este reino no se ajustaría a toda cabeza; de hecho, no se acomoda a la frente de nadie excepto a la del pobre en espíritu. Ningún orgulloso reina pues es el esclavo de sus jactancias, el siervo de su propia altivez.

El mundano ambicioso quiere hacerse de un reino, pero no posee ninguno; los humildes de corazón están contentos, y en ese contentamiento son conducidos a reinar. Los espíritus elevados no conocen el descanso; únicamente el humilde de corazón goza de paz. El conocimiento de sí mismo es la vía para la conquista de sí mismo, y la conquista de sí mismo es la mayor de todas las victorias.

El mundo busca a un hombre autosuficiente, duro, ambicioso y altivo, y dice que tiene el porte de un rey: y, sin embargo, en verdad, los reyes verdaderos son mansos y humildes entre sus semejantes, como el Señor de todo, y en su inconciencia del yo yace el secreto de su poder. Un día se verá

que los reyes entre la humanidad, los más felices, los más poderosos, los más honorables, son, no los Alejandros, ni los Césares, ni los Napoleones, sino los hombres semejantes a Él, que lavó los pies de los discípulos; aquellos que en la quietud vivieron para Dios y para sus semejantes, sin ostentaciones porque estaban conscientes de sus fallas, abnegados porque el yo estaba mantenido en baja estima, humildes y devotos porque su propia pobreza espiritual los sacó de sí mismos, y los condujo a descansar en el Señor. Vendrá el tiempo en el que el esplendor y las chucherías se revelarán en su verdadero valor, y entonces se verá que los pobres en espíritu han poseído el reino.

El dominio concedido por esta Bienaventuranza a los pobres en espíritu no es común; es el reino de los cielos, un dominio celestial, que excede con amplitud cualquier cosa que pueda ser obtenida de este lado de las estrellas. Un mundo impío puede considerar a los pobres en espíritu como seres despreciables, pero Dios los registra entre Sus compañeros y príncipes; y Su juicio es verdadero, y debe ser tenido en mucha más estima que las opiniones de los hombres o incluso de los ángeles. Únicamente conforme seamos pobres en espíritu, tendremos alguna evidencia de que el cielo es nuestro; pero teniendo esa señal de bienaventuranza, todas las cosas son nuestras, ya sea lo presente o lo porvenir.

A los pobres en espíritu pertenecen toda la seguridad, el honor y la felicidad que el reino evangélico da aquí en la tierra; aun aquí abajo, pueden comer de los exquisitos bocadillos sin duda, y gozarse en sus delicias sin temor.

De ellos son también las cosas que no son vistas todavía, reservadas para una revelación futura, de ellos es la segunda venida, de ellos es la gloria, de ellos es la quinta gran monarquía, de ellos es la resurrección, de ellos es la visión beatífica, de ellos es el éxtasis eterno. “Pobres en espíritu”; las palabras suenan como si describiesen a los dueños de nada, y sin embargo describen a los herederos de todas las cosas. ¡Feliz pobreza!

Los millonarios se hunden en la insignificancia, los tesoros de las Indias se evaporan en humo, mientras el pobre en espíritu permanece en un reino ilimitado, sin fin, sin fallas, que lo vuelve bienaventurado en la estima de Aquel que es Dios sobre todo, bendito para siempre.

Y todo esto es para la vida presente en la que gimen, y necesitan ser consolados, sufren de hambre y sed, y necesitan ser llenados; todo esto es para ellos mientras sean perseguidos todavía por causa de la justicia; ¿cuál no será entonces su bienaventuranza cuando brillen como el sol en el reino de su Padre, y en ellos sea cumplida la promesa de su Dios y Señor, “Y al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”?

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "C. H. Ferguson", with a stylized, cursive script.